

Capítulo LXIX.

Luz y sombra.

Yo bien conozco que para aquellos de mis lectores que buscan solo en la novela situaciones dramáticas, diálogos animados, personajes que vayan de aventura en aventura, la descripción que estoy haciendo de los viajes de Cristóbal Colón para explorar las islas que más tarde debían llamarse las Antillas, no hallarán atractivo de ninguna especie en mis narraciones.

Sin duda alguna hay novedad en la descripción de los países, de las costumbres y de las gentes que descubría el inmortal genovés.

Nada sería más fácil que inventar historias de los naturales, ponerlos en lucha con los españoles y hacer que de estas combinaciones resultasen escenas de

interés palpitante, de esas que despiertan en el lector una curiosidad grande por todo lo que lleva en sí el sello de lo heroico.

Pero tratándose de un personaje tan conocido y tan respetable como Colón, de una historia tan novelesca como la suya, pedir á la imaginación que falsificase la verdad, sería hasta cierto punto una profanación.

Yo creo que los lectores estimarán más en mí que, al ampliar la reseña del inmortal marino, trazada por Alfonso de Lamartine, busque y encuentre ampliación, más que en las ficciones de la novela, en la verdad histórica, respondiendo de esta manera al título de que lleva la obra, y no á una meranovela.

En cambio de la falta de animación que en el sentido novelesco puedan notar en estas páginas, tienen la seguridad de que no se falsifica en lo más mínimo la historia; y después de haber leído esta novela, quizás más viva en la reseña que las historias que se han hecho de Colón y de los demás viajeros, saben cuanto es posible saber del descubrimiento de la América; dato importante que más que el nombre del ilustre pintor en cuya paleta hemos tomado los colores para trazar este cuadro, y más que el insignificante trabajo que de nuestra propia cuenta hemos hecho, es causa del lisonjero y hasta casi fabuloso éxito de esta obra. (O)

Prosiguiéndola, pues, debo decir que llamó la atención de los navegantes, al proseguir su rumbo,

una lengua de tierra que es la que hoy lleva el nombre de Cabo del Tiburon.

No podia imaginarse el almirante, á pesar de sus grandes conocimientos náuticos, que aquella parte de la isla donde iba á llegar con su carabela perteneciese á Haiti.

Apenas llegó al puerto quiso desembarcar para visitar las pintorescas campiñas que comenzaban en la misma orilla del mar, cuando vió acercarse á él con gran pompa al cacique seguido de multitud de indios que salian á su encuentro con las mayores muestras de benevolencia.

Al llegar estos á la playa cambiaron de actitud y arrojando las armas se presentaron muy sumisos y preguntaron por Colon, de cuya justificacion lo esperaban todo.

Los soldados, obedeciendo á su jefe, se mostraron benévolos con ellos, les pagaron las provisiones que recibieron de sus manos, y volvieron despues á las carabelas continuando el camino, porque Colon deseaba llegar á la Isabela para reparar los buques y saber el resultado de la expedicion que habia encomendado á Margarite.

Se levantaron recios temporales, y Colon, que sabia la poca resistencia de sus buques, buscó un puerto abrigado.

Entró por un canal que habia entre la Española y una isla llamada por los indios Adamoney, y allí pasó la noche.

Ocho dias permaneció en aquel canal con su buque

que sin saber cuál era la suerte que habia cabido á las otras dos carabelas, las cuales por su parte no habian podido entrar en el abrigado puerto de la carabela capitana.

El 24 de Setiembre, despues de haber sufrido mucho con aquella zozobra, abandonó el canal y se reunió con las otras carabelas en el extremo occidental de la isla de Haiti.

Tocaron en la isla de Amona, situada entre Puerto-Rico y la Española, y á pesar del mal estado de los buques quiso Colon seguir el viaje para explorar las islas caribes, que era su eterna, su constante pesadilla, su único deseo.

Las fuerzas le engañaban.

Lo mucho que habia padecido en aquella peregrinacion; los escasos alimentos que tomaba, porque para dar el ejemplo se habia igualado con los marineros; las noches que tenia que pasar en vela para que su navio, que tan deteriorado estaba, no chocase contra alguna roca; el desaliento que se habia apoderado de su ánimo al ver lo inútil de sus tentativas, al pensar que una nacion entera, cuyas esperanzas habia despertado, aguardaba con creciente interés la noticia del éxito de su empresa; el desengaño que habia recibido de que no podia realizar su propósito de regresar á Europa por el Oriente, todo esto reunido agravó su habitual dolencia, y el mismo dia en que salió de Amona le acometió una enfermedad que le privó instantáneamente de la vista, de la memoria, de todas sus facultades, dejándole sumer-

gido en un profundo letargo, que á todos, menos al doctor Chanca que le observaba atentamente, parecia la muerte.

La consternacion que se apoderó de todos fué inmensa.

Los capitanes de los buques resolvieron, cualquiera que fuese el resultado de aquella crisis, volver á la colonia y prodigar allí al almirante los cuidados, las atenciones que necesitaba, puesto que comprendian perfectamente que Colon era el alma de aquellas empresas que estaban llevando á cabo.

Los españoles que habian quedado en la Isabela estaban con la mayor ansiedad, porque ya hacia mucho tiempo que no tenian noticias de Colon, ni de los soldados que habian salido á explorar la isla al mando de Pedro Margarite, lo cual no dejaba de preocuparlos bastante, atendido á los escasos resultados favorables que hasta entonces habian tenido en semejantes expediciones.

Cuando supieron el estado en que llegaba el almirante su dolor se aumentó y por un momento se creyeron abandonados de la misericordia divina.

Colon fué depositado en el lecho y asistido con el mayor desvelo por el doctor Chanca.

Quince dias de mortal angustia trascurrieron para todos los que le rodeaban.

Su pulso apenas latia.

¿Habia reservado la Providencia tan oscura muerte al que poco antes habia llenado el mundo con la fama de su nombre?

Colon venció la crisis.

Al fin abrió los ojos, dirigió una mirada en torno suyo y una dulce emocion se pintó en su pálido y demacrado semblante.

Entre los que le rodeaban, al lado de su hermano Diego, vió un hombre de tostado rostro, de atlética figura.

Un momento despues estrechaba en sus brazos á aquel hombre.

Era Bartolomé, su hermano predilecto, por quien tanto habia suspirado.

Dos dias antes del regreso de las carabelas habia llegado por orden de los reyes con tres embarcaciones bien provistas.

Colon parecia condenado á no experimentar jamás una dicha completa.

Una nueva y terrible desgracia, que le ocultaron por de pronto para que no se agravase su enfermedad, vino á poner en conmocion á sus dos hermanos, y á los demás colonos que le guardaban lealtad.

Al dia siguiente de la feliz sorpresa que habia tenido el almirante, viendo cerca de sí á un hermano á quien tanto queria, un marinero de una de las carabelas surtas en el puerto saltó en tierra, llegó precipitadamente á la colonia, preguntó por don Diego y fué á buscarle.

—Tengo que comunicaros una triste noticia,—le dijo.

—¿Cuál es?—le preguntó don Diego asustado al ver la actitud del marinero.

—Una de las últimas embarcaciones que ha llegado ha desaparecido.

—¿Cómo es eso?

—Se conoce que durante la noche se ha dado á la vela, y por más que hemos hecho no hemos podido descubrirla en el mar.

Inmediatamente llamó don Diego á todos aquellos individuos que formaban el Consejo y á su hermano Bartolomé.

Pero uno de los individuos que formaban parte del Consejo faltó.

El padre Boil había desaparecido de la casa en donde vivían los misioneros.

Se le buscó por todas partes, y no se le encontró por ningún lado.

Se dispuso que todos los que había en la colonia acudiesen á la plaza que había delante de la casa del almirante.

Entonces se notó que faltaban algunos individuos de los que formaban parte de la colonia.

Otro marinero vino á anunciar que Alfonso Velez de Guzman y Bernal Diaz de Pisa habían desaparecido.

A fuerza de investigaciones llegaron á saber que todos los que faltaban, acompañados de Pedro Margarite, el capitán de las tropas que había enviado Colon á explorar la isla, y que habían desertado de sus filas, habían tramado una conspiración con objeto de desprestigiar al inmortal Colon.

Habían comprado al patron de una de las carabe-

las aprovechándose de la enfermedad de Colon, y habían partido para España, resueltos sin duda alguna á arrojar en el corazón de los soberanos la semilla que más tarde debia envenenar los últimos dias de la existencia de Colon.

¿Cómo habían llevado á cabo este infame propósito?

¿Qué había hecho Pedro Margarite durante su paseo militar?

¿Cómo había llegado Bartolomé Colon hasta allí?

¿Cuál era la situación de los indios?

¿Cuál la actitud de los españoles?

No tardaremos saberlo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.